

El jubileo de la Gloriosa. ("España", Madrid, 22 agosto 1918)

3-310

POR

Miguel de Unamuno



Al Excmo. Sr. D. Amós Salvador,
Comandante de la ex-Milicia Nacional,
ex-Ministro liberal, Senador del Reino.

GRACIAS, mi querido y buen amigo, por haberme recordado que este año es el jubileo de la Gloriosa, el cincuentenario de la revolución española de 1868.

Me cuenta que al presentarse hace poco en Palacio con uniforme de comandante de la ex-Milicia Nacional, con su consiguiente morrión, y preguntársele por qué iba así y no de ministro, de académico o de ingeniero, contestó que aquel era el traje de la Maestranza de los liberales. Muy bien contestado.

Nosotros, los llamados no sé bien por qué, la generación del 98, hemos sido injustos, soberanamente injustos, con ustedes, nuestros hermanos mayores, nuestros padres a las veces, los de la generación del 68, nuestros comandantes.

Cumplía el que estas líneas laya, no ara, sus cuatro años el día mismo de San Miguel, 29 de Septiembre de 1868, en que en Madrid, al grito de ¡abajo la raza espuria de los Borbones!—grito justo o no del todo—se proclamaba el destronamiento de la hija del Abyecto. Y no por republicanos precisamente, que éstos no habrían hecho la revolución. Y luego, seis años después, oía estallar sobre su cabeza, en el hogar mismo en que se mecieron sus ensueños infantiles, las bombas de los trogloditas que sitiaban y bombardeaban la invicta Villa, el pueblo glorioso y nobilísimo que le formó el alma civil y liberal. Y durante aquella guerra civil, entre las personas, más o menos archiducales, que le felicitaban al austriaco Don Carlos de Borbón y de Este por sus escasas o supuestas victorias sobre los liberales, contábase la que años más adelante había de regir, como madre viuda, los destinos fatídicos de la España patrimonial que hizo asesinar a Martí y a Rizal y que debió haber sucumbido del todo en Santiago de Cuba y en Cavite.

Estamos casi como en 1868, pero peor. La borbonería de Narváez, Sor Patrocinio, el Padre Claret, el *general bonito* y Puigmoltó era al cabo borbonería pura, no habsburgiana, castizamente española aunque del peor casticismo.

Vino la llamada Restauración. Cánovas del Castillo sabía al fin que fué un *imposible coloso*, según le llamó, aquel imperio español de los Austrias, de los Habsburgos, y fué Cánovas, a su modo, liberal, civil y laico, respetuoso con el derecho de gentes nacido de la gran Revolución francesa en que habían madurado el Renacimiento y la Reforma. Pero don Ale-

jandro Pidal, el hueco charlatán a quien se le habían indigestado las piltrafas, ya descompuestas, del *buey* de Aquino, que le sirviera, refitolosamente guisadas el cocinero que fué el cardenal Fr. Zeferino González, intentó llevar a la llamada legalidad las llamadas *honradas masas* troglodíticas. Sagasta, antiguo miliciano nacional como usted, de cepa de la vieja solera liberal, hombre bueno de verdad, harto hacía con impedir que se apagasen los rescoldos del 68 y con incorporar a la legalidad monárquica restaurada algunos principios revolucionarios, lo que hizo que Castelar se dejase engañar una vez más, y no fueron pocas. Pi y Margall, con Pablo Iglesias, mantenían la honra española frente a la ignominia del tiránico despotismo colonial de la España del patrimonio, de que era el principal heraldo aquel funestísimo Romero Robledo. Salmerón tronaba, pero desde nubes sobrado altas y espesas. El pobre Moret no se enteraba ni de sus propias hueras parrafadas de espumosa ola que muere sin fruto en la arena. Montero Ríos, el catedrático de cánones, el suegro del partido sedicente democrático, firmaba en el Tratado de París la garantía del restante patrimonio. Silvela se moría de desesperanza con los dedos, aflojados por el tedio, sobre la muñeca sin pulso de la patria. Costa, después de haber empollado la Unión Nacional de que, como pollo del cascarón, saltó Alba, caía rendido de sed de justicia por haberse estado predicando, y solo, en el desierto. Maura nacía a sus visiones apocalípticas de abúlico que confunde la energía con el apóstrofe. No logró luego liberalizar y democratizar al régimen aquel incauto Canalejas que se dejó plegar alguna vez a muchachiles veleidades imperialistas y atizó, adulando, peligrosos instintos para lograr, sin partido, sostenerse en el poder y caer, al fin, víctima sangrienta de ajenas culpas que quiso disculpar. Romanones... pero no debemos recordarlo aquí, sino «mira y pasa», que estamos ahora hablando de ideales políticos, buenos o malos, y no de fulanismos.

Y entre tanto los trogloditas, mineros como topas, pasaban de sus cavernas a gabinetes y cámaras. Hoy están en pleno juego. No es ya don Jaime su símbolo encarnado. La guerra mundial, alzapicimándoles en un principio, les ha hecho ver claro después. No ya los cien mil hijos de San Luis, sino los súbditos del Sacro Romano Imperio Germánico, venían en su ayuda como en un tiempo los rusos del Zar por las ventas de Alcorcón, según la popular copla de antaño.

El Metternichillo ese de las rizosas canas

O. C.
Como X

U



UNIVERSIDAD
SALAMANCA
GREDOSUSAL ES

5-310
2
1
jubileo de la Gloriosa



—vaselina ponzoñosa, figurín de sociólogo de salón— enarboló lo de la neutralidad a todo trance y costa, que no era tal neutralidad, para poder hacer de canciller de un régimen de doble juego internacional, sin percatarse de que las naciones perecen no por débiles sino por viles. Apoyábalo la pedantería pseudo-tecnista de los estrategeros de la camarilla que reputaban no podían ser derribados los Habsburgos estando, como estaban, sostenidos por los invencibles Hohenzollern. Invencibles por postulado como aquella Armada que armó desde El Escorial, tierra adentro, el Habsburgo Felipe II contra la Reforma de Inglaterra. Y las honradas masas troglodíticas acabarían por adueñarse —¡al fin!— de España. Sería el desquite no ya de 1876, de Sagunto, sino de 1868, de Alcolea, y hasta de Rocroy. Gracias que el pueblo de Washington y de Lincoln van a salvar de tamaño desastre, secuela del 98.

Nos dicen los prácticos, los de la realidad, que es hora ya de dejarnos de intestinas discordias civiles —lo único noble que aquí queda— y atender todos a la reconstrucción de España. ¿De qué España? ¿de la patrimonial? ¿de la habsburgiana? ¿de la jesuítica, troglodítica y cuartelaria? ¿de la plutocrática y caciquista? ¿de la del monopolio de la tolerancia del juego prohibido? ¿de cuál? Pero no cabe reconstruir sobre ruinas sin desescombrarlas antes y sin cambiar cimientos que están por el socavo de las aguas sucias de la atarjea cavernaria en desahacimiento también. No, no cederemos a reclamos del materialismo santurrón, el de los dos negocios: de oficina y de purgatorio. España no puede reducirse a ser un taller y almacén con su capilla y sacristía y cuerpo de guardia adjuntos. La riqueza no es sino un medio para alcanzar la libertad, pero si se la toma como fin esclaviza.

Sí, debemos festejar el jubileo de la Gloriosa. Yo, por mi parte, lo festejo con estas líneas de reconocimiento hacia aquel hecho tan malamente desconocido por nosotros, los de mi generación.

Y si Dios—el Dios del Evangelio del Cristo— me concede llegar por lo menos a la edad a que usted, mi viejo y buen amigo, ha llegado— y ha llegado liberal—, espero ver el albor de una nueva vida para nuestra España y que ésta entre con la frente erguida y limpia a todo sol, en la Sociedad de las Naciones liberales, democráticas, civiles y cristianas, en la comunión de los libres pueblos de la Humanidad divina, después de haber pisoteado jesuíticas supersticiones materialistas de toda frasca.

Y en tanto, al son del para los cucos y los pedantes, desacreditado himno de Riego, gritemos el viejo grito cursi y cándido de 1868: «¡Viva España con honra!» Y para que se pueda decir con Espartero: «¡Cúmplase la voluntad nacional!», hagámosla primero, hagamos voluntad nacional.

Y usted, comandante que fué de la antigua y gloriosa Milicia Nacional, reciba un abrazo de un recluta de ella que es su amigo,

Salamanca, 13 de Agosto de 1918.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES